

Una Semana Santa con los tarahumaras

Everardo Garduño

Nos encontramos en una zona de abundantes bosques y montañas; con impresionantes paisajes sembrados de picos y surcados de escarpadas barrancas que, según nos han dicho, alcanzan hasta kilómetro y medio de profundidad.

Aunque no podemos ver el poblado, sabemos que estamos cerca de Basihuare; caminamos, ascendemos, descendemos, volvemos a subir y, de pronto, por el suave viento que golpea nuestros rostros, percibimos el ruido de muchos tambores que con diferentes compases producen sonidos que van y vienen rebotando en las paredes montañosas.

Un indio tarahumara, sentado en una roca en la parte superior de una montaña, observa que en el pueblo de Basihuare ha iniciado ya la ceremonia de Semana Santa.

Estamos en la Sierra Tarahumara, en el noroeste de la República Mexicana y suroeste del estado de Chihuahua, en plena Sierra Madre Occidental.

La tarahumara, como comúnmente se le conoce, abarca unos 45 mil kilómetros cuadrados. Su clima, excesiva-

mente extremo, varía conforme se asciende a una elevada montaña o se desciende a una profunda barranca, alcanzando una temperatura invernal de -20 grados centígrados, y una temperatura en verano de hasta 50 grados centígrados en la sombra.

Antiguamente esta región estaba poblada de venados, osos, lobos, león americano o puma.

En la actualidad los lobos han desaparecido, son escasos los osos, los pumas y los venados, y quedan solamente los coyotes, pavos silvestres, víboras, conejos y ardillas, animales que hemos podido apreciar en nuestra caminata hasta llegar a la cima de aquella montaña frente a Basihuare, en donde hemos encontrado a un indio tarahumara observando desde lo alto, la singular ceremonia de Semana Santa.

Es jueves santo, entre la una y las dos de la tarde, y el agobiante calor no parece importar a los indígenas que desde las ocho de la mañana están reunidos conmemorando la Semana Santa según la forma aprendida a los sacerdotes jesuitas en el siglo XVII.





Desde esa hora hasta la una de la tarde, los "pies ligeros" no dejaron de dar vueltas a su iglesia.

Llegada la una de la tarde, en el interior de la iglesia se celebró la misa conducida por una religiosa que pronunció sermones, oraciones y leyó pasajes de la *Biblia*; todo lo cual fue traducido a la lengua tarahumara por el gobernador rarámuri.

En seguida, dieron paso a la *Kórima*, actividad que consiste en recorrer en procesión cada una de las casas de los capitanes tarahumaras que han dispuesto algo de comida (pinole o frijoles con tortillas), para ofrecer a los visitantes.

El tamborileo no cesa mientras la procesión visita cada casa, cada cueva en cuyo frente esté situado un arco de dos metros de altura, hecho con ramas de árbol. Este arco está rodeado por tres pequeñas cruces de madera y abajo de él, en el piso, están dispuestos un recipiente y una cuchara.

Al llegar la procesión a cada casa, cada rarámuri hace una reverencia ante el arco, da una vuelta alrededor de éste, y en su circular trayecto se detiene tres

veces para girar su cuerpo, y al concluir la vuelta al arco, se inclina a tomar una cucharada del contenido de aquel recipiente colocado en el piso. Se trata del más común y corriente mezcal.

Después del *Kórima* viene un prolongado receso en la ceremonia que dura cerca de cuatro horas. Todo se ve tranquilo entonces. Incluso los tambores han cesado y sólo se escuchan esporádicamente desde algún lugar, el retumbar de los tambores comienza y se acrecienta paulatinamente al empezarse a incorporar otros tamborileros.

La ceremonia se desarrolla con la participación de dos grupos (o partidos como ellos los llaman) que son denominados respectivamente fariseos y soldados, y que pueden distinguirse uno del otro porque quienes encabezan a los fariseos llevan sombreros llenos de plumas, espadas de madera y una bandera roja mientras que quienes encabezan al grupo de soldados llevan turbantes de tela, portaflechas elaborados con piel de mapache y una bandera blanca.

Después del saludo entre los dos partidos y de una vuelta juntos alrededor

de la iglesia, el contingente se divide en dos grupos y cada cual empieza a recorrer el circuito en sentido contrario al otro.

Al completar el círculo, encontrándose al frente de la iglesia, invierten el sentido de su recorrido e inician nuevamente cada cual su peregrinar a trote alrededor de dicho recinto.

Trotan, se inclinan brevemente ante las cruces, llegan al frente de la iglesia y cogen en sentido contrario al otro grupo.

Ya está casi todo oscuro, y hasta ahorita las puertas de la iglesia se abren al tiempo que empiezan a escucharse numerosos tambores de distintas partes de la montaña; otros tamborileros arriban en grupos portando antorchas.

Entre todos conforman dos hileras frente a la iglesia, estableciendo un pasillo desde el arco central hasta sus puertas. A través de ese pasillo los soldados penetran a la iglesia seguidos por los fariseos. Permanecen sólo unos instantes en el interior y vuelven a salir para persignarse ante las cruces de afuera.

Se han colocado dos enormes fogatas

a los costados de la iglesia, cada una para cada "partido". Pronto transcurre el tiempo y ya son las 23 horas; la ceremonia, sin embargo, continúa con el mismo ritmo y las mismas pautas hasta la una de la mañana, hora en la que completan las 150 vueltas a la iglesia, en el primer día de la ceremonia.

Al día siguiente, la ceremonia inicia a las 10 de la mañana con una misa, que como el día anterior, es conducida por una monja y traducida por el gobernador tarahumara.

Hacia el final de este acto, la religiosa pretende hacer una última recomendación y les pide que ese día, viernes santo, día de la tradicional tesgüinada (es decir, día en el que se bebe indistintamente la tradicional bebida alcohólica hecha sobre la base de maíz fermentado), no beban; sin embargo, a esta sugerencia los tarahumaras responden con un abucheo generalizado para la Madre, a quien no le queda más remedio que moderar su recomendación y les pide que simplemente beban menos que en

otros años; pero de nueva cuenta el abucheo no se hace esperar.

Después de la misa y hasta antes del mediodía, la ceremonia se desarrolla como el día anterior, dando vueltas en grupos diferentes y en sentido opuesto alrededor de la iglesia.

Como a la una de la tarde empiezan a llegar cubetas y más cubetas de tesgüino, así como enormes viandas con alimentos para los participantes de la ceremonia.

Todos comen y beben tesgüino, incluso los intrusos como nosotros.

Desde el inicio de la cuaresma hasta ese día, había estado prohibido beber tesgüino, y a quien transgrediera tal disposición era objeto de castigos severos.

Ahora, viernes santo, a la una de la tarde se rompía tal prohibición y se permitía tomar tesgüino; con esto, sin embargo, no daba inicio la tesgüinada, sólo se trataba de probar la bebida que más tarde sería consumida en grandes cantidades.

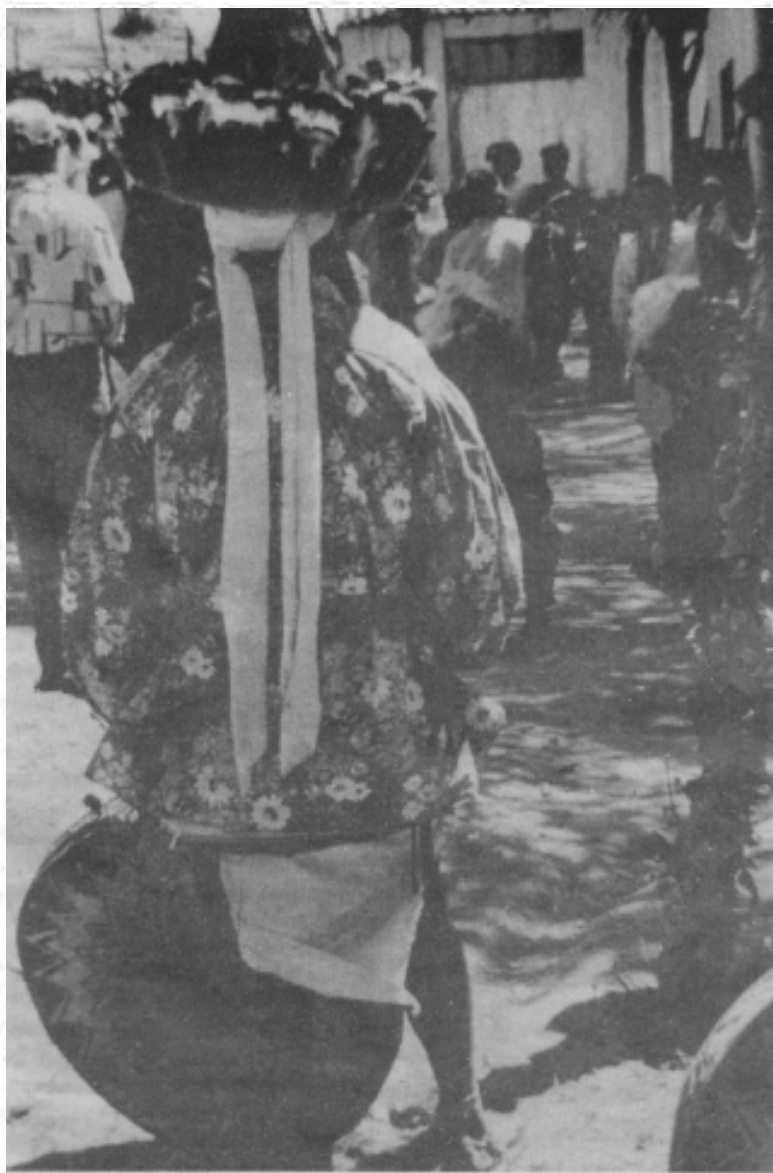
Un grupo de tamborileros que atraviesa el puente de Basihuare interrumpe la hora de los alimentos, pues todos se levantan y van a recibirlos. Se trata de un grupo de fariseos que traen consigo a su dios, el Judas, que junto con su esposa y su perro fueron elaborados de ramas mostrando sus órganos sexuales en forma desproporcionada.

Frente a estos muñecos-judas se forman hileras de soldados y fariseos que desean saludarlo y gastarles alguna broma. Este es el acta del saludo del Judas, y ya son las cuatro de la tarde.

En espera de la noche, ambos grupos realizan otras vueltas en torno a la iglesia, prenden sendas fogatas, y en torno a ellas bailan danzas que por los gritos e inclinaciones de su cuerpo nos recuerdan las películas de vaqueros.

Al llegar la noche, los indios tarahumaras prenden sus antorchas y golpean sus tambores empiezan a recorrer las casas y cuevas situadas en las montañas. En cada una de éstas está una enorme cantidad de tesgüino esperándolos, que hasta no ser consumida en su totalidad, permite que los indígenas se trasladen a otro lugar en donde esté dispuesta esta bebida.

Son muchas las casas por visitar, algunas de las cuales se encuentran en



lugares distantes y en partes muy altas de la sierra, y es mucho también el tesgüino que hay que beber. Por ello, la tesgüinada dura hasta el amanecer, hasta que no queda gota alguna de licor.

Durante la tesgüinada, los curiosos podemos recrearnos con el espectáculo de la escena nocturna provocada por la larga hilera de lucecitas, antorchas encendidas que van de montaña en montaña y se detienen en un sitio para bailar durante horas; después, se trasladan a otro sitio.

Nosotros no hemos aguantado despiertos toda la tesgüinada, y nos hemos ido a dormir a las 11 de la noche; pero al otro día, a las 10 de la mañana, los bailes, los cantos, los chistes en torno a los enormes barriles hechos con troncos de árbol conteniendo tesgüino, aún continúan.

En este último día de actividades de la Semana Santa entre los tarahumaras tienen lugar dos eventos importantes: la lucha cuerpo a cuerpo entre fariseos y soldados y el fusilamiento del Judas.

La lucha es de carácter simbólico, no

real, incluso este año habían pensado no realizarla porque el año pasado por accidente salieron algunos lastimados. Todos los años el desenlace de la lucha siempre es el mismo: triunfan los soldados sobre los fariseos.

El fusilamiento del Judas se realiza poniendo al muñeco de ratas con su esposa y perro ante un muro de la iglesia, los soldados le disparan con sus arcos flechas encendidas que al dar en el blanco empiezan a incendiar al dios de los fariseos. Entre más flechas den certeramente en el Judas, más rápidamente se consume éste en llamas.

Cuando esto sucede, el tamborilear de los fariseos, que se caracteriza por un determinado ritmo, cesa definitivamente y sólo el tamborilear de los soldados sigue escuchándose por el resto del día y del domingo siguiente, festejando su triunfo sobre los fariseos, bebiendo tesgüino con éstos hasta el fin de la Semana Santa.

Según el sacerdote jesuita Pedro de Velasco Rivero, aunque los tarahumaras actualmente no reconocen en forma

explícita los significados de los símbolos del ritual de Semana Santa, éste en general representa en el inconsciente colectivo del grupo, el contacto entre los tarahumaras y el colonizador blanco.

Los fariseos acosan constantemente a Cristo dando vueltas alrededor de la iglesia, por lo que los soldados, vigilándolo, también giran alrededor de la misma en sentido opuesto al otro grupo.

Los fariseos representan al *chabochi* (arañas en la cara), como le dicen al hombre blanco, y simbolizando al mal se pintan la cara y el cuerpo completamente de blanco al tiempo que portan espadas.

Su dios es Judas y la exageración de su sexo nos hace recordar la principal forma de hostigamiento del blanco sobre el indígena: el hostigamiento sexual.

Y el desenlace sugiere la realización simbólica de la revancha del indio sobre el blanco, del bien sobre el mal, que en la dimensión cristiana introducida por los jesuitas es el triunfo de los protectores de Cristo sobre sus agresores.

